

Todavía le veo... inquieto, paseando por las calles su figura de enfermo; alto, el cabello lacio, la frente pensadora.

Y era ciertamente un pensador, un hijo de la luz. El geómetra enterado de la literatura francesa contemporánea. Con reminiscencias de Maeterlinck, siguiendo a Paul Adam en alguna de sus tesis y en la marcha precipitada del pensamiento, dió en el Paraguay y en Montevideo expresión a las inquietudes del alma moderna. Al modo de cierto orador romano saltaba sobre cada asunto y «lo agarraba del pescuezo» y en esa manera audaz y bruzca de empezar, igual que en sus desenfados nihilistas, calcaba un tanto al Nietzsche del *Anticristo* y del *Ocaso de los Idolos*; pero, en resumen, Barret era un artista alado.

A tenor de cada impresión, marejadas de ideas brotaban en él. Las meditaba, las apretaba en breve espacio e iba destilando la sustancia luminosa, poco a poco, intrépidamente, con dicción victoriosa.

¡Dicción cincelada con infinito cuidado! Los que no pulen su estilo mueren sin producir un frase eterna. El verdadero artista sabe que «un vocablo mal colocado estropea el más hermoso pensamiento» e impide el contagio de la emoción divina, y que, al contrario, las palabras cobran una energía soberana cuando están soberanamente ordenadas. Ubicad con astucia las palabras inspiradas y caerán rutilantes, temblorosas, como gotas de luz sobre el papel.

Y Barret era maestro consumado en ese arte difícil. Pasaba días como Flaubert buscando el vocablo exacto, el epíteto adecuado.

Pero las imágenes dicen cosas más bellas que las imágenes, consigna Jámblico, y del mismo modo la música de las palabras es notación más o menos imperfecta de la música interior y más bella de la idea. En el fondo, la razón verdadera del estilo consiste en la química misteriosa de cada organismo, al símil de la que da en una planta la púrpura de la rosa y en otra el azul de la violeta, y así el hechizo de la prosa elegantísima de Barret, no estaba solamente en sus epítetos triunfantes. Radicaba en el elemento intrínseco, en sus ideas envolventes, de perspectivas inesperadas y fugaces, nuevas en el romance castellano. En otros términos, el poder de su prosa se explica por la audacia y la continuidad del pensamiento.

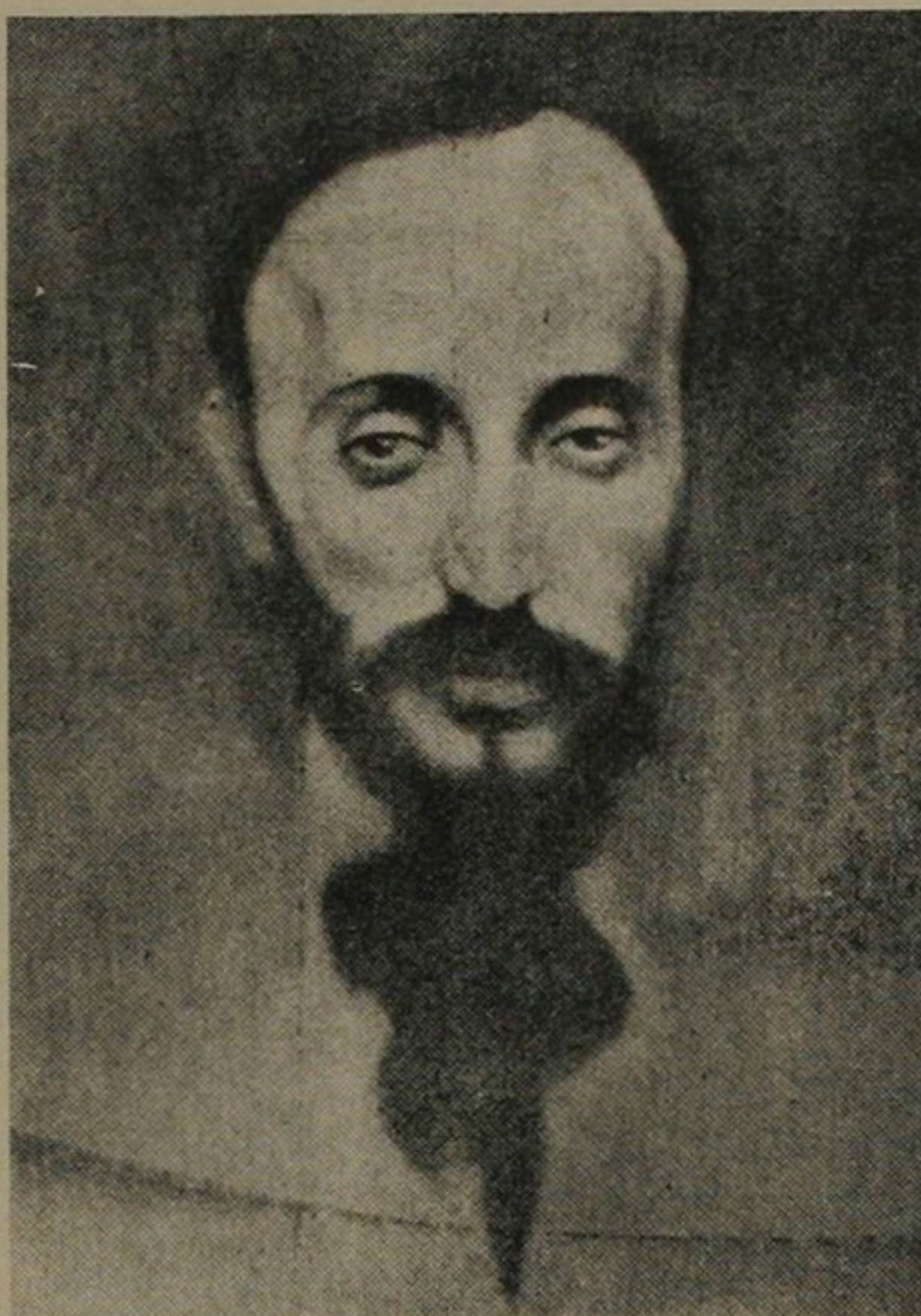
Pensamiento caudaloso, sin remansos, brillante siempre y, en ocasiones, profundo y sorprendente. Después de habituarnos a sus artículos, es raro el escritor que no nos parezca desmayado.

En prosa bella nos enseñó a pensar, ensanchó nuestro horizonte, pero aquí cumple a la crítica notar que Barret no era pintor de la manera que lo fué Goicoechea Menéndez ni de otra manera, y, por no serlo, escribiendo en un Edén, no nos dejó el reflujo de un alba rosada, el trasunto de un paisaje risueño en que descansa la mente. Supo con-

Rafael Barret

=De Helios. Buenos Aires. 1918=

Al Dr. Pedro Bonastre.



Barret

tar en prosa magnífica las maravillas geométricas del hierro en la torre moderna de París, sin ver en el Paraguay donde vivía, el horizonte incandescente ni la selva esbelta y pensativa. Entraba más bien en su temperamento literario cierta poesía psicológica que ponía el espíritu en tensión continua.

Demasiado continua. Se producía con una energía que no daba reposo. Cada uno de sus artículos desde el principio al fin, causaba el efecto de un torrente; mas, a la larga, impaciente el mirar siempre las aguas despeñadas.

El gusto clásico se funda en la fisiología. La misma sensación a toda hora es fatigante. Una misma flor en las narices, durante largo rato, acaba por hacernos insensibles a su aroma, escribe Spencer. Evitad la saciedad, decía un estilista antiguo—Luciano. No insistáis con demasiada violencia en la misma nota-regla de los áticos.

Nuestra naturaleza prefiere al ímpetu continuo del torrente la variada y graciosa ondulación del río que, turbulento en la cascada, camina en seguida con flexible y suave mansedumbre, ya apacible, ya tembloroso, por valles y campiñas, entre riberas encantadoras o salvajes, para precipitarse de nuevo en el declive o quizá, allá lejos, alborotarse y retumbar otra vez en la rompiente. Así el estilo perfecto, imagen del movimiento y la vida.

Barret, pletórico de ideas, sabía más que Goicoechea Menéndez, el autor de *Poemas Helénicos* y de *Guaraníes*, pero este atolondrado, pródigo en sonidos, le aventajaba en líneas melódicas.

El estilo de Goicoechea Menéndez, espejo de su imaginación voladora, era abundante, sinuoso, de viciosa lozanía, y el de Barret, hecho para las cosas

abstractas, era rectilíneo, casi lapidario, con relámpagos de luz.

Los dos eran escritores notables, cada uno por su rumbo. Barret más eficiente y más límpido cuando dibujaba la estela de la idea, su fuga rauda y luminosa. El otro más fluido y más pomposo, atormentaba un poco el color, no corría tan a prisa y era más diestro y más airoso cuando daba la sensación de la naturaleza tropical. Los escritos del primero eran como pedrerías deslumbradoras y los del segundo eran como nuestras selvas perfumadas, con su enmarañado encaje de lianas y sus flores del aire y sus nostálgicas cadencias.

En ambos la cualidad era el defecto inevitable, pero lo que quiero señalar en este momento es que en Barret no había el poder visual y auditivo de Goicoechea Menéndez. Le faltaban su pincel colorista y su eólica prosodia.

Y le faltó también la facultad evocadora del pasado. Para el amante de la energía humana, no existía nuestra leyenda donde esa energía se alzó al rango de la epopeya. Por allí empezó Goicoechea Menéndez.

Barret optaba por los temas del momento y con arte supremo sabía deslizarse en sus artículos la ironía helada. Creía que la poesía estaba en el porvenir porque no sentía la poesía de los recuerdos como no tenía retina para las nubes doradas por el sol agonizante. Fué destructor tremendo de cosas aprendidas en libros viejos, divulgó verdades humanitarias, pero nada le decía nuestro histórico poema. Quiso una vez tratar el asunto de nuestra guerra, buscó datos, se inquietó y los dejó sin publicar una línea. No era de su cuerda *La noche antes* de Goicoechea Menéndez, páginas bellísimas donde desfilan, silenciosos y sublimes, los últimos cruzados de la causa con quienes en Cerro-Corá, sollozando el viento en la selva infinita, se hundían «un ideal, una patria y una raza».

Su talento era grande, refinado su gusto, se movía con celeridad vertiginosa, mas para tratar con encanto y lucidez ciertas cosas de belleza melancólica, es necesaria la emoción.

Y ya sé que los escritores fríos afectan desdeñarla, pero, digan lo que quieran, sólo el sentimiento aviva lo que ha sido y ya no es. El sentimiento seduce y cautiva más que el raciocinio, tal vez porque la belleza valga más que la verdad. El dictamen de Goethe corre en los clásicos versos de Fausto a Margarita:

*Un acento de tus labios,
de tus ojos un destello,
valen más que todo aquello
que nos enseñan los sabios.*

El corazón es el sentido del ensueño. *Todo esta allí*, gemía la reina enamorada, y rimaba el verso de Musset—comparado por Groussac con una flecha que atravesó el siglo goteando sangre:

¡Hierve tu corazón, allí está el genio!

Barret tuvo sin embargo corazón para